

---

## *Nota previa*

Este volumen reúne los artículos publicados en la revista *El País Semanal* entre el 11 de febrero de 2007 y el 1 de febrero de 2009. Se corresponden con noventa y cinco domingos, es decir, dos años de tarea, con la excepción de los cuatro domingos de agosto de 2007 y los cinco de agosto de 2008, meses en los que libré o tomé y di un respiro.

Con estas noventa y cinco piezas se cumplen seis años desde que inicié mis colaboraciones semanales en esa publicación. Las de los cuatro años anteriores están recogidas en los libros titulados *Demasiada nieve alrededor* (2007) y *El oficio de oír llover* (2005), ambos editados por Alfaguara, al igual que otras recopilaciones más antiguas: *Harán de mí un criminal* (2003), *A veces un caballero* (2001), *Seré amado cuando falte* (1999) y *Mano de sombra* (1997), en las que pueden encontrarse los artículos que vieron la luz en otra revista dominical, *El Semanal*, a lo largo de ocho años, entre finales de 1994 y finales de 2002.

Son, pues, catorce años los que llevo dando la tábata o la pimporrada a unos u otros lectores en el día en que se supone que les toca descansar, lo cual me lleva a preguntarme cómo me aguantan y cómo aguanto yo. Por eso, a la hora de escoger un título para la presente colección, me han tentado los de algunas columnas incluidas en ella, por gráficas o sinceras. «El pelma ante los plastas», por ejemplo, habría descrito bien una sensación

que tengo a menudo al desarrollar mi actividad articulística (ojo: «el pelma» sería yo a buen seguro, pero «los plastas» no serían los lectores —líbreme el Señor—, sino ciertas instituciones y grupos de presión con los que uno se ve obligado a discutir una y otra vez). También «Debo preocuparme» habría resultado adecuado, ya que a veces pienso que son demasiadas las cosas que no me gustan de nuestras sociedades como para que no me asalte la duda de si el equivocado soy yo, o por lo menos el anacrónico y el inadaptado, el que paulatinamente ha pasado a pertenecer a otro tiempo. En ese sentido, quizá habría valido, asimismo, «El temor de vivir a destiempo», con la salvedad de que yo no siento ningún temor ante semejante posibilidad. Tampoco habrían sido enteramente inapropiados «Una región ocultamente furibunda», sólo que el adverbio habría estado de más en caso de describir así mi sección dominical; «Cuando la gente no tenemos razón», porque en modo alguno aspiro a tenerla siempre; «El muy español afán por cargárselo todo», con el inconveniente de que llevo treinta y ocho años padeciendo la gravísima acusación de «no parecer nada español»; o «Dónde huir en secreto», pues ese es el impulso que con frecuencia se tiene —creo no ser el único— al vivir en un país tan repetitivo, pesado y poco razonante como el nuestro.

Si al final he optado por *Lo que no vengo a decir*, ha sido en parte por su mayor eufonía y en parte porque el artículo que lleva ese título trata precisamente del desaliento que en ocasiones invade a quienes expresamos nuestras opiniones regularmente en la prensa, al comprobar lo difícil que resulta hacernos entender en una época y en una sociedad poco proclives a atender a las matizaciones y a las argumentaciones, y muy dada, en cambio, a resumir en un lema o *slogan* cualquier discurso o disquisición. No es raro encontrarse con lectores que le espeten a uno: «En

suma, lo que usted viene a decir es esto o aquello», cuando justamente lo que uno ha intentado ha sido no *venir a decir* algo simple y que le habría ocupado tres líneas, sino *decir* lo que dice a lo largo de dos folios y pico, de la mejor y más afinada manera posible.

Aquí tienen ustedes, así pues, todas seguidas, noventa y cinco tentativas más. Tal vez su lectura fuera de la prensa y de la actualidad —esto es, a destiempo— sea más pausada y provechosa. Lo primero para quienes se animen a ella, lo segundo para mí. Muchas gracias por tanta atención.

JAVIER MARÍAS  
*Febrero de 2009*

---

## Hundidos en una ciénaga

Es curioso que quienes viven en ascuas, a la permanente caza de manifestaciones de «lenguaje machista» o «sexista», o de palabras supuestamente denigratorias para cualquier colectivo o grupo, jamás muestren la menor preocupación ni protesten por los atentados continuos que se cometen contra el español, no sólo en la televisión y en la prensa, sino en los mismísimos libros. Eso prueba que sus inquietudes lingüísticas son enteramente falsas, o aún es más, que en realidad van aliados con quienes maltratan el castellano, dedicados todos a afearlo, a hacerlo más impreciso, a deformarlo, a empobrecerlo, a descafeinarlo, a privarlo de vocablos, a jibarizarlo, a empequeñecerlo, a desustanciarlo y a convertirlo en un magma confuso o en una ciénaga en la que los hablantes chapotean sin ningún sentido para acabar ahogándose invariablemente.

Ya hablé hace semanas de los vigilantes reiterativos del «todos y todas», y hoy mismo he visto a un político vasco —y no era Ibarretxe— incluirse ridículamente en un femenino esquizofrénico, al decir: «Y así nosotros, y así nosotras...» (ha dado la impresión el hombre de no tener nada claro su sexo). Pero también están —ay, con este diario en lugar prominente, si no a la cabeza— los que nos instan a no utilizar nunca términos en sí mismos inocuos pero que ellos han tildado de «peyorativos» o «discriminatorios»: decir de alguien que es «negro» no difiere apenas de decir de otro que es «rubio», algo meramente descriptivo; proscribir «lisiado» o «tullido» nos obligaría a prescindir asimismo de «tuerto»,

«manco», «ciclán» o «cojo» (claro que ya se intenta que no hablemos de «ciegos», pese al patrón tan ilustre que tienen, nada menos que Homero); condenar «gordo» al ostracismo equivale a desterrar «flaco», «alto» o «bajo», y así hasta el infinito. Hay quienes defienden estas erradicaciones con el argumento idiota de que cada colectivo tiene derecho a decidir cómo quiere llamarse. Y en efecto así es, pero no sólo cada colectivo, sino cada individuo: a lo que en cambio no lo tienen ni unos ni otros es a decidir cómo los demás hemos de llamarlos, esto es, a imponérselo. Los ciegos pueden considerarse «invidentes», faltaría más, pero no obligarme a comulgar con el eufemismo, del mismo modo que mañana los aragoneses pueden acordar que se van a llamar «aragónicas» o «aragonaires», y yo soy libre de no secundar su capricho; o si los ovetenses optaran de pronto por «oviedicas» o por «oviedoiros»: a mí qué me cuentan.

Lo llamativo, ya digo, es que todos estos policías lingüísticos no dediquen ni un esfuerzo a señalar los disparates que se leen y oyen a diario. Y no me refiero a los espontáneos, que siempre han existido: hace unos meses oí en televisión a una señora referirse así a un vástago muerto por drogas: «Mi pobre hijo, que Dios me lo tenga en conserva». Sino a aquellos en los que incurren sin tregua personas con influencia: políticos, periodistas, traductores, escritores, responsables de informativos. A una de estas últimas, muy conspicua, le oí soltar el otro día que en tal sitio «no había nevado desde *hace* treinta años», olvidando, como ya todo el mundo y *El País* el primero, que ese verbo *hacer* no es invariable y que, si ahora ya nevaba, la periodista tendría que haber dicho *hacía*. Otro informador, que se ocupaba de la crisis del Real Madrid, explicó que «Algunos jugadores no han pensado en el fútbol, ocupados en ganar dinero a *ex-puertas*, en actividades externas», tomando la expresión «a espuestas» por algo así como «extramuros». En una tra-

ducción me encuentro con que «aquello la sacaba de tino», misterioso sustitutivo de «sacar de quicio» o «de sus casillas». En otra, la frase que la Virgen lleva dos mil años respondiéndole al ángel de la Anunciación («Hágase en mí según tu palabra») se ha convertido milagrosamente en «Que así sea a mí de acuerdo contigo». Claro que para ese traductor las enfermedades ya no «se contraen», sino que «se adquieren», y cuando las padecemos «nos encontramos en detrimento». También he visto tornarse «los cantos de sirena» en «los sonidos de las sirenas» (quizá para modernizar), o alegrarse de que en una pelea «el agua no llegase al río», un río seco, se supone. Por no hablar de la fea costumbre actual de que todo el mundo «haga aguas» continuamente: el Barça, los matrimonios, los partidos políticos y las empresas; es de esperar que sean siempre aguas menores y no mayores, sobre todo si se trata de once jugadores en un estadio.

Pero una de las cosas más graves es la rápida desaparición de los verbos específicos de cada cosa: hoy (quizá es un influjo parcial del catalán) todo «se hace»: los crímenes y los delitos ya no se cometen, los golpes no se dan, las denuncias no se ponen, los sueños no se tienen, las frases no se pronuncian, las quejas no se elevan ni se presentan, las calumnias no se difunden ni se propagan, las guerras no se declaran ni libran, los perjuicios no se ocasionan ni causan, no se incurre en las contradicciones y ni siquiera se echan los polvos. No. Según he oído con mis oídos, en España hoy todas esas cosas «se hacen». Si esto no es un empobrecimiento trágico, que resucite Lázaro Carreter y lo vea. Y si no está dispuesto —se deprimiría—, que venga Manuel Seco y lo diga.

11-II-07